

Trabajo Hormiga

Yo sabía que no tenía “las de ganar” con Thelma, pero mi perseverancia siempre fue mi virtud más sobresaliente y no iba a darme por vencido sin probarlo todo. Quizás por herencia familiar o tal vez por mi ADN ancestral, pero ese era yo, un cúmulo de tenacidad a prueba de balas.

Yo era el típico solterito sin apuro hasta que entré en apuros cuando la vi salir del baño de chicas con los ojos rojos. Para todos era “la nueva” y por tener ese apelativo había despertado en mí un entusiasmo especial por seducirla... a pesar de mis mínimas chances. Yo no era un galán, el espejo me lo recordaba cada mañana, tampoco era una persona adinerada, el saldo de mi cuenta bancaria me lo recordaba cada vez que me llegaba el resumen, y tampoco era una persona culta apenas había aprobado raspando quinto año llevándome a marzo más de la mitad de las materias. Para resumirles yo soy un clavo por donde me miren para cualquiera que tenga dos dedos de frente, pero a mi no me importaba y estaba dispuesto a conquistarla a capa y espada, pero sin la capa de Superman ni la espada de He-man, simplemente con el motor de mis ganas y mi consistente trabajo de hormiga. Debía remarla, lo tenía claro, pero poseía los brazos bien entrenados para ir en contra de la corriente en las cataratas del Niágara.

Había leído por ahí, cuando leía, que las hormigas son capaces de derrumbar un edificio si no se las combate a tiempo y que existe una raza de estos diminutos insectos que viven en el África que se mueven como ejércitos y pueden comerse a un elefante en cuestión de minutos. Comprendí que yo era una hormiga para esa tremenda mujer, pero mi deseo no me dejaba otra opción que adueñarme de ese dulce corazón.

Esa tarde el jefe la había llamado para explicarle algunas cosas y yo no podía dejar de mirar hacia su despacho desde mi escritorio. A través del vidrio pispeaba como él le sonreía cuando ella asentía a cada uno de sus comentarios. Sentí celos antes de poder dirigirle la palabra. Sabía que ese no era el camino correcto, que no debía mostrarme tan ansioso y que el rumbo hacia la victoria estaba basado en ir despacio, con gestos, con atenciones, con demostraciones de la gran persona que soy a pesar de mis toneladas de defectos.

Cuando terminó la extensa charla con el jefe, no pude aguantarme, me le acerqué y sin titubear le dije:

—Soy Jonathan Rabinovich y estoy para ayudarte en todo lo que necesites. ¡No dudes en preguntarme lo que sea! Yo hace muchos años que trabajo acá y conozco todos los procesos, pero sobre todo conozco a todas las personas, en las que podés confiar y obviamente a las que es mejor perderlas que encontrarlas.

Ella me miró un poco confundida, de inmediato fui a la máquina de café para traerle un cortado sin azúcar como ella me había indicado. Luego me senté a su lado y le fui enseñando con lujo de detalles como debería hacer las tareas que el crápula del jefe le había encomendado.

El reloj de la oficina marcó las seis, ella no había terminado y yo... yo sentí que me anotaba un poroto si me ofrecía a terminar su trabajo y que ella pudiera llegar temprano a su casa. Terminé como a las mil quinientas, todo lo que ella había avanzado tuve que rehacerlo, se ve que no había entendido bien lo que le había ordenado el jefe. La pobre todavía era una aprendiz. A la mañana siguiente me desperté feliz ya había empezado con mi trabajo hormiga y esa era mi fórmula para seguir subiendo escalones en esa escalera al cielo. Pasé por la panadería

para llevarle unas medialunas, eso iba a ser un lindo gesto. Frente al panadero dudé si le gustarían las de manteca o las de grasa, así que decidí llevar media docena de cada una. Sin preguntarle pasé por la máquina de café y le serví dos medialunas, una de cada tipo, en un platito. ¿Quién no se emociona en su segundo día de trabajo con tremendo recibimiento? Ella me miró con sus ojazos azules y me dijo un tímido “gracias”. En ese momento me di cuenta de que la cuesta se venía empinada y que no iba a ser fácil la faraónica epopeya que tenía por delante. Poco a poco ella se fue soltando y solita se acercaba a mi escritorio para contarme el último episodio de la serie de Netflix que había visto la noche anterior. Nuestro vínculo fue creciendo casi sin darnos cuenta.

Una mañana la vi cansada, triste y ahí me confesó que había cortado con su novio hacía dos meses, justo el día que se incorporó a la empresa. Eso justificaba su distracción del principio. Ese comentario fue la banderita a cuadros que me habilitaba a salir a la pista. ¡Era mi gran oportunidad!

Esa tarde antes de despedirse con un beso en la mejilla me dijo que tenía que ir al hospital a cuidar a su abuela que estaba internada, obviamente me ofrecí a acompañarla. ¡Ese fue mi gran momento! ¿Quién iba a hacer un sacrificio tan grande como ese? Solo una persona de hierro como yo. Pasamos esa noche y muchas otras, en la que la vieja se quejaba y se quejaba, hasta que gracias a Yahveh le dieron el alta.

Por ese tiempo ya me conocía toda la familia, me llamaban “el compañero de la empresa que acompañó a Thelma a cuidar a la abuelita”. Demasiado largo, yo solo añoraba que me llamaran “yerno” o por lo menos por mi nombre... pero debía esperar.

Había logrado la confianza de todos y porqué no también el cariño. Me lo merecía. Me invitaban los domingos a almorzar, también a los cumpleaños y otros festejos. De mas está decir que yo nunca iba con las manos vacías, llevaba el postre y un ramo de flores para mi futura suegra, una caja de habanos para el padre que fumaba como una chimenea y unos chocolates para la hermanita. Ellos eran cristianos pero buena gente. Me trataban con mucho amor y nunca hablaban de religión, quizás para no molestar. Me sentía feliz, mi trabajo hormiga estaba rindiendo sus frutos.

Un catorce de febrero, estaba decidido a todo, a dar ese gran paso que me estaba faltando para alcanzar la gloria. Recuerdo que esa noche casi no pude dormir. Me levanté temprano, me bañé, me afeité y hasta me puse perfume. Estaba dispuesto a declararle mi amor y regalarle mi vida para siempre. Al llegar a la oficina ella ya estaba, reluciente detrás de su escritorio. Como cada mañana pasé por la máquina de café para alcanzar su desayuno. Thelma estaba más hermosa que nunca, su sonrisa te encandilaba como ese sol que aparece en el horizonte. Estaba ciego por ella. Cada paso que daba, me parecía que Moisés me acompañaba abriendo las aguas del Mar Rojo. Me temblaban la piernas, pero sabía que ese corazón era mi destino y que muy pronto nos fundiríamos en un solo cuerpo. Frente a frente nos miramos. Thelma me sonrió y yo le sonreí. Ella abrió el cajón de su izquierda y sacó un sobre que me presentó frente a mis ojos y me dijo:

—Me caso en marzo y quiero que vos estés ahí.

Primero se me paró el corazón, sus palabras me aturdieron, no entendía que me estaba diciendo, si ella me estaba pidiendo casamiento

o si era una broma de mal gusto. La sangre me volvió a irrigar el cerebro y ahí pude entender todo.

Con la invitación en mi mano, pude ver que se casaba. ¡Si se casaba y con el jefe! El muy turro evidentemente también había hecho bien su trabajo hormiga con tanto éxito que había pisoteado por completo mi hormiguero.

Fin